

Los labios del agua.

Antología de relatos breves

Francisco Aranda-Espinosa

LABIOS DE AGUA

El último lunes de mayo el viento se tragó la voz de Lucía. Ella cruzaba el arroyo Tajamar descalza, la falda recogida hasta las rodillas, el musgo adherido a las pantorrillas morenas. Iba por agua, como cada tarde, con la jarra de hojalata golpeándole la cadera. Esa mañana había llovido. No llovizna, lluvia de selva, lluvia abierta, violenta. El arroyo venía hondo, escurriéndose espeso, como si trajera en la corriente algo más que agua: raíces flotantes, pedacitos de quina, palabras dichas por otros, distancias.

La vio primero la marmota, luego el sapo. Al final fue el viento, que sopló apenas, casi sin intención, pero le arrancó la voz a Lucía. No gritó: no pudo. Abrió la boca y del pecho le salió un hilo de aliento, un vapor tibio, sin sonido. Se tocó la garganta, la sintió irritada, hueca, vacía. Como un cántaro sin agua. Intentó pronunciar su propio nombre, solo para comprobar que todavía existía, pero nada ocurrió. Las piedras del arroyo la miraron en silencio, con la paciencia absurda de las cosas que no tienen prisa. Con el silencio de aquello que no habla, de lo que tiene nombre, pero no sabe que lo tiene.

Lucía se llevó la mano a la boca y paladeó el silencio. Se fue a casa.

En la mesa de la cocina, la madre mondaba un durazno con los dedos rescos; lo mondaba lento, en espiral, con la cáscara cayendo en un solo tirón como una lengua que alguien le hubiera cortado. Alzó la vista cuando Lucía dejó la jarra en la mesa.

—¿Qué traes en la cara? —preguntó.

Lucía no respondió. Quiso decir «nada», pero de su garganta no salió nada, ni aire.

—¿Te volviste muda? —dijo la madre tras chasquear la lengua.

Lucía se tocó la boca con los dedos. «Sí», dijo para sí. Pero seguía sin poder pronunciar palabra.

Por la ventana abierta entraban los verdes de la tarde. Lucía se sentó y se puso a verlos, como si alguien le contara algo. Las sombras de las hojas le caminaban por las piernas. Al rato, el padre entró de la chacra con la camisa pegada a la piel, manchada de lodo. Se quitó la boina, se sacudió el polvo de los hombros y profirió algo, tal vez un saludo, tal vez un reproche, pero Lucía no lo escuchó. No por la voz; el sonido llegaba claro. No lo oyó porque no había voz alguna que la conectara a la existencia de ese hombre, no más que a la existencia de la jarra, del durazno, de la sombra. El viento la había callado.

En el pueblo, no faltó quien dijera que la niña se había callado por amor. Por un mal amor, decían. Que si el capataz la había mirado de más, que si el hijo del boticario se había comprometido y luego se arrepintió, que si el maestro de la escuela rural le había escrito un poema en la pizarra y ella no lo había olvidado. Que si todo, que si nada. Pero Lucía no amaba a nadie.

—Lucía, lee el primer párrafo—, le pedía en clase el maestro. Ella se levantaba. Abría la boca. De su garganta no salía ni la brisa de un sonido.

El profesor se cansó de su silencio y la sentó al fondo, con las que siempre faltaban o se dormían. Y allí justo es donde Lucía aprendió a vivir, en la penumbra, lejos de las preguntas, entre el polvo, también mudo. Con el tiempo, los otros niños dejaron de hablarle, no por crueldad, sino porque habían olvidado que era necesario.

Una tarde, Lucía se llevó la jarra de hojalata a la boca. Sin pensar. Sin querer. Hizo lo mismo que hace el agua con la piedra: la rozó, se derramó, y se la bebió. El agua le supo a algo que no tenía nombre. No era dulce, ni amarga, ni fría. Era como beber la boca de alguien que nunca había dicho una sola palabra. El sabor de lo desconocido. Como las cosas por sí solas antes de ser nombradas, etiquetadas, delimitadas. El sabor le bajó por la garganta y se le quedó atrapado en el pecho. Le hizo cosquillas en los pulmones.

Al día siguiente, volvió al arroyo. Pero esta vez no fue a buscar agua. Se fue a buscar a sí misma. Se quitó las sandalias y caminó por la orilla. Entró al agua y se dejó mojar las piernas. El sol le caía de frente. Los rayos la bañaban, como el agua. Se agachó, tomó el agua con ambas manos, se la llevó a la boca y la bebió. El agua le lavó la lengua. Bebió otra vez. Fue entonces cuando la voz del agua se le metió.

Por la noche, cuando la madre la llamó para la cena, no contestó. Pero cuando se sentó a la mesa, la madre escuchó el ruido. Al principio, muy leve, como un chasquido. Como el agua lamiendo la piedra. El padre dejó la cuchara. Lucía bajó

la cabeza. El ruido volvió, pero esta vez más claro. Un borboteo, una corriente. La madre miró al padre. El padre le devolvió la mirada. Lucía abrió la boca y del fondo de su tráquea emanó el sonido del arroyo.

Al principio, los padres no entendieron. Pensaron que la niña había vuelto a hablar. La madre lloró. El padre, con manos torpes, le acarició la cabeza como si bendijera a un animal agonizante. Pero Lucía no hablaba. Lo que salía de su boca era agua. Goteaba por las comisuras de sus labios, empapaba la mesa. Se derramaba por todos lados. Caía al suelo, formaba un charco, un charco que no se mezclaba con la mugre del piso.

El padre empezó por tocarla con un dedo. Luego con ambas manos. Probó el agua. Era dulce. Calmaba la sed. Desde entonces, cuando Lucía quería decir algo, abría la boca y el agua hablaba por ella. La madre le traía un cuenco de barro; ella escupía. En la olla, el agua hervía. En las bocas, saciaba la sed. Los habitantes del pueblo se enteraron y comenzaron a hablar. Los vecinos vinieron con botellas de vidrio, con latas de café vacías, con cántaros, con jícaras de todo tipo, con las viejas botellas de leche. Formaron fila en la puerta, a la sombra del tamarindo. Estaban dispuestos a pagar por esa agua. Lucía los recibía en el patio. Se inclinaba sobre cada envase, con la delicadeza de un niño que sostiene un pichón. Abría la boca, dejaba que el agua se vertiera.

Algunos decían que el agua curaba, que la vieja Mercedes había dejado de toser después de beberla, que al hijo de don Melesio le sacó la fiebre con dos vasos. Otros no decían nada, solo aprovechaban los silencios; venían a llenarse el corazón con el sonido del agua, a escucharla caer, a mirar cómo la niña inclinaba la cabeza y les regalaba su voz líquida.

Un día, un forastero de rostro ajado por el polvo de los caminos y la fatiga de los años llegó al pueblo. Su abrigo, raído en los codos, dejaba entrever las huellas de largas travesías. Se acercó a Lucía con paso lento y, sin pronunciar palabra, extendió la mano. En su palma callosa descansaba una moneda de oro. El metal relucía con un brillo casi espectral, como si concentrara en su fulgor el eco de viejas promesas incumplidas. Lucía, sin mediar palabra, tomó la moneda con la punta de los dedos. La sostuvo por un instante observando cómo el sol de la tarde le arrancaba destellos febriles, pero su mirada permanecía impasible. Sin vacilar, caminó hasta la orilla del estanque, donde las algas flotaban como cabelleras sumergidas. Extendió la mano y dejó caer la moneda. El oro cortó el agua con un leve chapoteo y en cuestión de segundos descendió hasta el fondo, donde la luz ya no alcanzaba a tocarlo. Lucía se inclinó un poco para ver mejor. Allí, entre la grava y el fango, la moneda pareció volverse opaca, su brillo fue devorado por la penumbra de las aguas. Al cabo de unos minutos, la superficie del metal empezó a oscurecerse, como si la herrumbre la



reclamara con una avidez antigua. Lucía contempló el oxidarse con una serenidad casi indiferente, mientras el agua devolvía un leve murmullo, como si susurrara un presagio ininteligible.

Nadie supo que un día Lucía se marchó. Cuando llegó la estación seca, el arroyo se hizo polvo. Al principio no lo notaron. Creyeron que simplemente no estaba en casa. Pero cuando los vecinos fueron a la puerta con sus botellas, no había nadie para abrirla. El padre se quitó la boina. La madre se sentó bajo el tamarindo. Una niña pequeña, con las piernas delgadas y las rodillas sucias, se acercó al arroyo seco. Se arrodilló. Escarbó la tierra con las manos. Escuchó. Del fondo de la tierra brotó un sonido casi imperceptible. Un goteo, apenas. La niña agachó la cabeza y bebió directamente del barro. El agua le supo a la voz de Lucía.

FIEBRE DE HOJAS

El padre encontró la primera hoja sobre la almohada de Rosa la mañana que la niña dejó de abrir los ojos. Era amarilla, menuda, casi translúcida, con las nervaduras aún frescas, como si la hubieran arrancado hacía apenas un instante. El padre la sopló, la dejó caer, la vio girar en el aire, luego la recogió, la apretó entre los dedos y la guardó en su bolsillo sin saber muy bien por qué. Después, volvió a la cama y besó la frente de su hija dormida. Rosa no despertó. Ni ese día ni los siguientes.

La madre la bañaba en la mañana, le trenzaba el cabello con dedos tibios, le ungía la piel con aceite de anís. Humedecía sus labios con agua de azahar y le cantaba, como si pudiera llamarla de vuelta, como si Rosa se hubiera echado a andar por un campo lejano y todavía estuviera a tiempo de oír la voz de su madre.

El padre, en cambio, cada día encontraba más hojas: una en la palma de la niña; otra entre las cobijas; una tercera en la trenza, como si alguien la hubiera enredado con cuidado. Después, fueron ramas delgadas, con brotes verdes, quebradizas, húmedas todavía.

Una tarde, el padre encontró en el pecho rojizo de Rosa una hoja todavía viva, pegada a la piel como si hubiera brotado de ella. La arrancó. La hoja dejó una marca leve, casi un araño. Rosa no despertó.

La madre dejó de cantar. En cambio, por las noches recogía las hojas que la niña soltaba en el sueño. Las desparramaba sobre la mesa de la cocina, las clasificaba por color, por forma, por frescura: las verdes en un frasco con agua, las secas entre las páginas de un libro, las amarillas en una caja de cartón. A veces el padre la sorprendía murmurando algo sobre la corteza de los robles, las lluvias de marzo o la savia. Decía esas palabras con ternura, como si fueran nombres.



Él no le preguntaba nada. Se limitaba a salir al patio. Prendía un cigarrillo y veía el cielo oscurecerse sobre los campos resecos.

Una noche la madre dejó de recoger las hojas. Se inclinó sobre la niña dormida y le besó las manos. La voz le temblaba como un hilo de aire entre los dientes. «Te estás yendo», susurró.

La última mañana de abril la madre no pudo desenredar la trenza de Rosa. La brizna de un tallo fino, verde, atravesaba el cabello como un hilo cosido a la piel. La madre lo cortó con las tijeras. De la herida no salió sangre, sino resina clara. Por la tarde la niña exhalaba un olor a tierra recién llovida.

En la noche el padre se acercó a la cama. Apartó las cobijas y vio las ramas creciendo desde las muñecas. Las hojas pequeñas cubrían los dedos, las palmas, las uñas. Las piernas, enredadas de raíces. El torso, moteado de líquenes. En el vientre brotaban retoños pálidos, con las venas apenas insinuadas. Acarició entonces la corteza. Se llevó la mano a la boca, pero no pudo decir nada. Se inclinó hacia el oído de Rosa y le susurró: «Quédate. No te vayas». La niña no lo escuchó.

A la mañana siguiente Rosa no estaba en cama. En su lugar, los padres encontraron un tronco pequeño, delgado, apenas más grueso que el brazo de un niño. La madre chilló. El padre no pudo: se atragantó las lágrimas que le espinaban la garganta, una a una. Salió al patio, clavó las manos en la tierra y empezó a cavar. Hizo un hoyo largo, hondo, oscuro. Llevó el tronco entre los brazos, como si aún cargara a su hija dormida, y lo plantó. Le cubrió las raíces con tierra húmeda. Le acomodó las ramas con las manos. El viento movió las hojas y algo que no era exactamente un sonido, pero tampoco silencio, recorrió las ramas. El padre se sentó junto al árbol. Le tocó la corteza con la yema de los dedos. Y esperó.

En los años siguientes se empezó a decir que la higuera del patio tenía algo extraño. Algunos juraban que su sombra no se movía, ni siquiera cuando el sol cruzaba el cielo. Otros decían que si uno se acercaba lo suficiente podía oírla respirar. El viento no la agitaba. Ningún pájaro la visitaba.

A veces, en el silencio del mediodía, la higuera inclinaba las ramas como si quisiera acariciar el suelo, como si estuviera cansada de sostenerse, como si le pesara el mundo entero. El padre se sentaba a su lado y le decía cosas que no había contado a nadie. Le hablaba del río que había cruzado cuando era niño, del perro viejo que se murió una tarde de junio, del tabaco que su abuelo fumaba en la puerta. El árbol parecía escucharlo. En los días más quietos el padre sentía que la higuera exhalaba un aliento tibio, casi humano, como si quisiera decir algo.

Con el tiempo, la madre dejó de salir al patio. Él, en cambio, no faltaba ni un día. Una mañana se sentó bajo la higuera y, apoyando la espalda contra el tronco, cerró los ojos. El viento no se movía. Deslizó la mano sobre la costra. Palpó las hojas, la



savia, el aliento. Y en ese momento lo sintió: leve, breve, apenas un frote. La higuera le rozó la palma con una ramita, con la sutileza con la que una niña toma la mano de su padre.

El hombre sonrió. Y no volvió a despertar.

PUERTAS

Una tarde, Arcadio decidió abrir todas las puertas de su casa. No es que buscara algo, simplemente lo hizo. Abrió la puerta de la cocina, la del baño, la de la alacena. Después fue por las ventanas. Luego, por las compuertas de los armarios, la del tinaco, la del gallinero, la de la caja de fusibles.

Cuando ya no quedaron puertas, empezó a hacer agujeros en la pared del comedor, en el techo, en el suelo, hasta que la casa fue un colador de aire. Entonces, caminó hacia el pueblo. Se detuvo frente a la tienda de abarrotes y dio una patada a la puerta. No compró nada, solo la dejó abierta. Fue a la iglesia, donde empujó las dos hojas del portón y las dejó abiertas. Entró a la comisaría, a la cantina, a la carnicería, y lo mismo, puertas abiertas.

Cuando terminó con el pueblo, siguió abriendo puertas en pueblos vecinos. El viento le secaba la frente y seguía abriendo puertas. Hasta que llegó a la última casa del último pueblo. Emparejó la puerta del patio, la del establo, la del corral, la del muladar. Se acercó a la última puerta; también la dejó abierta. Y del otro lado no había nada. Nada: solo un espacio blanco, vacío, como si el mundo se hubiera terminado.

Dio un paso hacia adentro. Y la puerta, obediente, se cerró tras él.

DE REVERSA

Una mañana, el río cambió de opinión. En vez de ir hacia el mar, decidió regresar a la montaña. Al principio, el pueblo pensó que era el viento el que empujaba el agua hacia atrás. Pero el río seguía subiendo a contracorriente, cuesta arriba, lamiendo la tierra como un animal que vuelve a casa.

La corriente arrastraba peces que nadaban en reversa, boquiabiertos, sin saber por qué retrocedían. Las canoas navegaban al revés, con los remos apuntando hacia atrás. Las piedras rodaban en dirección opuesta. El tiempo también se devolvía.

Por la tarde, el río ya había llegado a la colina. Se recogió sobre sí mismo, como un caracol entrando en su concha, y subió al cielo. En su lugar quedó una grieta seca, un surco vacío, una arruga sin agua. La gente caminaba por ahí con ambigua



nostalgia, como si hubieran perdido un recuerdo que no sabían que tenían. Por las noches juraban que podían escuchar el rumor del río suspendido sobre sus cabezas, allá arriba, entre las nubes.

LA LENTA EXTINCIÓN DE LOS RELOJES

La primera vez que el reloj de la plaza se detuvo, nadie lo notó. Eran las 3:17 de la tarde cuando el minutero se atascó como un insecto muerto en la miel. Se quedó ahí, quieto, sin avanzar. Y el pueblo, sin sospecharlo, siguió girando. Los niños salieron de la escuela, las mujeres cruzaron la calle con las bolsas del mercado, el párroco se sentó a fumar un cigarro en la banca de siempre. Todo con la indiferencia de quienes tienen relojes propios y no se detienen a mirar el grande, el público, el que es de todos y también de nadie. El único que notó algo fue don Fermín, el zapatero. Alzó la vista desde la suela que martillaba y frunció el ceño.

—Esa hora ya la vi —murmuró, como si la hora pudiera repetirse por capricho. Pero no le dio importancia. El día siguió.

El problema es que al día siguiente el reloj seguía marcando las 3:17. Y al siguiente también. Y al siguiente. Al cuarto día, algunos se acercaron a mirarlo con la cabeza ladeada, como se observa un animal que ha caído muerto de repente, sin razón aparente.

—Está trabado —dijo alguien.

—Debe ser el mecanismo —comentó otro.

—Bah, ya lo arreglarán —dijo un tercero con la calma práctica de quien nunca ha arreglado nada en su vida.

Una semana después llegó un hombre de la ciudad, uno de esos que con seguridad sabe de relojes. Trajo herramientas, un maletín y una expresión que decía «yo sé lo que hago». Treparon una escalera hasta la torre. El hombre desarmó el mecanismo, sacó una pieza de latón, la miró con aire pensativo, la limpió con un trapo, la devolvió a su sitio, apretó un tornillo y bajó. El reloj seguía detenido en las 3:17. El hombre frunció el ceño, se encogió de hombros y se fue.

Una semana más tarde el reloj de la carnicería dejó de funcionar. Dos días después, el de la farmacia. Al día siguiente los relojes de las muñecas también empezaron a pararse. No se adelantaban ni se atrasaban, simplemente se detenían. A las 9:41, a las 12:03, a las 5:22. Horas absurdas, sin épica ni simbolismo, sin causa, con la única consecuencia del detenimiento.

La gente empezó a llegar tarde a todas partes. O demasiado temprano. O nunca. Un domingo los niños llegaron a la escuela con las mochilas cargadas de libros. El cartero repartía las cartas a la una de la madrugada, convencido de que eran las diez



de la mañana. El panadero encendía el horno a las seis de la tarde y lo apagaba a las cinco. Y lo peor: nadie podía decir con certeza a qué hora ocurrían las cosas.

—Creo que fui al mercado después de la misa.

—No. Yo te vi antes.

—No, eso fue ayer.

—¿Seguro?

El tiempo se convirtió en una sopa tibia.

Al principio, la gente intentó resistirse. El alcalde ordenó traer relojes nuevos desde la ciudad: digitales, luminosos, modernos. Los instalaron en las oficinas, en la comisaría, en las escuelas. Duraron tres días. Después las pantallas parpadearon, se pusieron negras y, en lugar de la hora, mostraron una serie de guiones, como si el tiempo hubiera olvidado cómo escribirse:

--:--

--:--

--:--

La radio local intentó anunciar la hora cada treinta minutos, como en los viejos tiempos, pero la gente no recordaba si la habían escuchado hacía cinco minutos o hacía tres días. Al cabo de un mes los relojes ya no existían. La gente los quitaba de las paredes, los dejaba junto a la basura, los lanzaba por la ventana. Algunos los usaban como platos para los gatos o como ceniceros improvisados. Un anciano colgó su reloj de péndulo en el manzano del patio, como un espantapájaros. Los niños jugaban a romper despertadores con piedras.

El tiempo se volvió cosa de la memoria.

—¿A qué hora nos vimos ayer?

—No sé. ¿Antes del viento?

—Sí. Antes del viento.

Y fue entonces cuando la gente empezó a olvidarse de envejecer. No es que la piel dejara de arrugarse o que el pelo dejara de encanecer. Nada tan milagroso. Simplemente, la gente olvidaba que había pasado un año o dos o cinco. Las mujeres se miraban al espejo y no recordaban si las manchas en la piel ya estaban ahí la última vez que se habían mirado. Los hombres salían a pescar y no sabían si lo habían hecho la semana anterior o veinte años atrás. El cura no supo su edad. La maestra no supo a qué generación pertenecían sus alumnos. El alcalde no recordaba si todavía era alcalde o si ya había terminado su mandato. Y la gente dejó de llevar la cuenta.

Cuando llegó el forastero, nadie supo decirle qué día era ni en qué año estaban. Ni siquiera si había pasado mucho tiempo desde la última lluvia o desde la guerra. Ni si la feria había sido la semana pasada o diez primaveras atrás. El forastero preguntó

por la hora. El zapatero se encogió de hombros. La mesera levantó las cejas. El niño más pequeño del pueblo le respondió con otra pregunta:

—¿La hora de qué?

Una noche el reloj de la plaza volvió a funcionar. Sin que nadie lo tocara, sin que nadie lo reparara, la aguja del minuterero avanzó un milímetro, lenta, solemne, con el sonido hueco de una puerta oxidada al abrirse. La gente corrió a la plaza. Las campanas sonaron. El cura hizo la señal de la cruz. La maestra chilló. El cartero repartió cartas, aunque no había ninguna carta para repartir. La señora Velarde abrazó al zapatero, aunque nunca lo había abrazado. El alcalde se trepó a la torre para mirar la hora con sus propios ojos.

Y ahí estaba: 3:17.

El reloj había vuelto a andar, sí, pero no avanzaba. Solo giraba. La aguja del minuterero daba vueltas y vueltas, eternamente, sobre el mismo instante. El pueblo, finalmente, había atrapado el tiempo. Ya no se iba a ninguna parte.



FRANCISCO ARANDA-ESPINOSA. Pianista y profesor-investigador. Licenciado en Música, Maestro en Investigaciones Humanísticas y Educativas y Doctor en Filosofía e Historia de las Ideas. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI-SECIHTI). Es profesor investigador de tiempo completo en el Instituto de Artes de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (UAEH), México. Cuenta con más de 25 publicaciones—libros, artículos, capítulos y textos de divulgación—. Su trabajo articula la interpretación pianística con la investigación en filosofía de la música, estética y arte desde una perspectiva interdisciplinaria. Desde 2025 incursiona también en la poesía y la literatura. Textos suyos se han publicado en diversas revistas.

Recibido: 7 de abril de 2025

Aprobado: 16 de junio de 2025

